



en Tamahú

HOJA INFORMATIVA

Nº 126 – NOVIEMBRE, 2022

Obra solidaria de Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid) en Guatemala

El desenfado de “Julia”

Antonio Salas

Sin duda muchos de nuestros lectores tendrán aún vivo el recuerdo de los estragos provocados (noviembre, 2020) por el huracán Eta en la comarca donde se asienta nuestra misión. Fueron tiempos rudos, lacrados por unos desastres que sazonaron de miedo y zozobra a quienes vivían tranquilos en sus caseríos. Fue preciso improvisar ayudas alimentarias que, con la valiosa y eficaz cooperación de las Hermanas Misioneras de la Eucaristía, Fratisa se aprestó a ofrecer. Algunas aldeas se habían quedado desabastecidas de alimentos, por lo que decidimos activar una campaña de apoyo que llegase hasta los más recónditos rincones donde -a primera vista- parecía inviable la presencia de seres humanos. Sin embargo, allí estaban numerosos colectivos indígenas, agazapados y desnutridos que, desde su silencio, pedían auxilio a gritos. Fueron unas semanas recias. Por fortuna, forman ya parte de un pasado, que ojalá nunca se repita.

“Julia” siembra el pánico en la región

Tan trágica situación había gestado entre ellos -no podía ser menos- una psicosis de angustia. Parecía que esta, con el paso del tiempo, se iba diluyendo. Pues bien, he aquí que, de repente, los medios de comunicación comenzaron a alertar ante la inminente llegada de una nueva tormenta casi apocalíptica, cuyo nombre era “Julia”. Escamados por los estragos que causara en su momento el huracán Eta, toda la zona se contagió de pavor.

Según nos refirió nuestro representante, Raúl Leal, ante la llegada de lo que se antojaba caótico, decidió supervisar el “proyecto Pansup”, cuyas octava y novena viviendas se estaban aún construyendo. Pues bien, al llegar al caserío,



“Julia”, dejando en Tamahú su tarjeta de visita



El nuevo puente, para eliminar la falla

se topó con el alarmismo. Eran varias las familias que estaban a punto de abandonar sus hogares por miedo a ser arrastradas por el amenazante ciclón. Y, cuando un colectivo entra en pánico, no es fácil conseguir que razone. Al fin, Raúl pudo evitar el caos convenciéndolos de que, al estar sus casas a tanta altura (2.350 metros), era del todo impensable una nueva edición del diluvio. Los estragos, de haberlos, se dejarían sentir en los valles, como realmente ocurrió. ¡Cuán difícil resulta serenar a quienes transpiran histeria!

De forma parecida reaccionó el centro de rehabilitación, donde son tratados con regularidad nuestros enfermos y discapacitados. Ante tan inminente peligro, dieron la orden de mantenerlo cerrado hasta que se hubiera alejado la tormenta. Tal decisión era del todo coherente, pues no parecía sensato exponer a sus pacientes, que procedían de distintos poblados. Hubo, pues, que suspender todas las actividades durante varios días. Por fortuna en esta ocasión “Julia” no fue tan funesta como lo fuera Eta en su momento.

Los mayores desperfectos se dejaron sentir en la zona costera, cuyos destrozos privaron de hogar a bastantes familias. Por el contrario, en la serranía sus envites fueron menos pavorosos. Ciertamente que los deslaves y corrimientos de tierra adquirieron notorio protagonismo, pero la integridad

física de las personas no sufrió el menor detrimento. Los enormes vendavales y aguaceros se limitaron a convertir los caminos en barrizales, obligando a cerrar el paso en varios puntos vitales, entre los que figuraba la carretera de Tamahú. Esta quedó bloqueada por los aluviones de lodo. ¡Normal! No era, en efecto, la primera vez que algo así ocurría. Los aldeanos lo asumieron con su acostumbrada resignación y hasta con cierta alegría, pues cuando menos se habían librado de la tragedia.

Ocurrió, sin embargo, algo inesperado. Y esto sí que descolocó a Fratista. Las autoridades, con motivo de la tormenta, decretaron el cierre de la carretera que comunica a Tamahú con el resto del país. Esto, puesto en limpio, implicaba dejar incomunicados a los tamahuneros por un tiempo indefinido. Había obviamente un motivo. De hecho, al decidir -años antes- asfaltar su carretera principal, los ingenieros habían detectado una falla geológica con su correspondiente socavón, que dificultaba notoriamente el tráfico. Y ahí había quedado el problema, a la espera de una solución. No resultaba fácil vadear la falla, sobre todo cuando un aguacero la convertía en lodazal. Poco sorprendió, por tanto, que, declarado el estado de emergencia nacional a causa de “Julia”, el gobierno decidiera aprovechar la coyuntura para construir un puente de hierro, que resolviese de forma definitiva el problema.

La obra fue encomendada al cuerpo de ingenieros del ejército guatemalteco cuya primera decisión fue bloquear el camino hasta que se finalizaran los trabajos. Esto, visto desde lejos, sonaba del todo normal. Pero las personas afectadas constataron de inmediato



Juanito, feliz al ser visitado por los representantes de Fratista

que la sola resignación no lograba aliviar sus penas. Por otra parte, todo guatemalteco tiene muy claro que siempre se sabe cuándo se inicia una obra, pero nunca cuándo se va a acabar. Se imponía, pues, buscar soluciones rápidas y eficaces para paliar su aislamiento, ya que este podría prolongarse cuando menos durante unas seis semanas. Entre los colectivos afectados, figuraba Fratisa. ¿Qué hacer?

Se dio la providencial coincidencia que acabábamos de comprar un nuevo microbús y, por fortuna, aún no se había vendido la antigua furgoneta. Así pues, de momento disponíamos de dos vehículos. Al evaluarlo de cerca Raúl, vio los cielos abiertos. Antes de que se cerrara el paso vehicular, decidió colocar el microbús nuevo en una parte de la carretera, mientras la vieja furgoneta permanecía en la otra. Y así le resultó posible continuar con el trasiego de enfermos. Estos solo tenían que atravesar a pie el tramo donde se estaba reemplazando el socavón por el puente. Tal decisión resultó balsámica. Y más en esos días que urgía llevar a varios pacientes hasta la capital. Incluso uno debía ser trasladado con apremio a Antigua donde un equipo de médicos se había comprometido a practicarle una cirugía. Y hoy es el día en que, si bien el tráfico sigue bloqueado, Fratisa continúa trasladando a sus pacientes.



Trasportando el féretro del infortunado niño

El triste deceso de Juanito

Juanito era un niño de Pancoj que, a pesar de sus limitaciones (o quizá a causa de ellas) calaba muy hondo en quienes lo llegaban a conocer. Así nos ocurrió a nosotros el día que visitamos su caserío. Por haber nacido con una parálisis cerebral, su comportamiento no siempre era coherente. Cuidaba de él su abuelita, pues su abuelo era adicto al alcohol, su madre debía trabajar para aportar ingresos y su padre los había abandonado hacía ya tiempo. A pesar de tanta penuria, era una familia avenida. No pusimos el menor reparo en costearles la construcción de una nueva vivienda, donde el zagalillo se sentía feliz. Juanito era desconcertante y a su vez entrañable. Podía calzar un zapato en un pie, llevando el otro descalzo. Podía ser afectuoso y tornarse de repente arisco. Así era el chaval al que acabamos cogiéndole cariño. Debido a sus problemas psicossomáticos, a veces era presa de espasmos y convulsiones que le dejaban hecho una piltrafa.



El luctuoso momento de sepultar al muchachito bueno que acababa de irse con Dios



Roque Fidalgo, "el chapo" de Tamahú

Pues bien, hace apenas una semana tuvo una crisis tan aguda que no la consiguió superar. Sus convulsiones se fueron intensificando sin que sus familiares tuvieran opción de llevarlo a un centro de salud, ya que su caserío -enclavado en pleno bosque -se encuentra a dos horas largas de camino a través de veredas y senderos. Sus allegados tuvieron, pues, que afrontar la situación, viendo inertes cómo el niño iba consumiéndose hasta que al final dejó de existir. Huelga añadir que de inmediato todo Pancoj compartió el duelo. Y, dados sus vínculos con Fratisa, no dudaron en recurrir a ella para que les costeara los gastos del féretro, ya que la familia del finado carecía por completo de recursos. Se les ayudó con la compra del ataúd y también ofreciéndoles material para que le construyeran un nicho digno. Fueron unos días luctuosos, donde el llanto se adueñó de la aldea.

Casi a la par ocurrió el fallecimiento de otro personaje que, durante años, había sido referencia obligada para los habitantes de Tamahú. Se trataba de Roque Fidalgo (44 años), conocido como "el chapo", por su cuestionable parecido con el famoso narco mexicano. Roque era un hombre a quien le sobraba bondad, faltándole en cambio compostura. Para él y su hermana (María Dolores) había construido Fratisa -hace un par de años- una modesta casita en la que ambos vivían con cierta holgura. Aunque "el chapo", a la hora de levantarla, hubiera prometido implicarse en la obra, su compromiso jamás sobrepasó las lindes de la palabra. Era, en realidad, un profesional de la vagancia, en cuyos ratos libres -eran bastantes- ejercía de borrachín. Tales hábitos fueron minando su salud y lo encaminaron hacia la tumba. Siendo una persona tan popular, su óbito fue muy sentido en todo el pueblo. Con gusto Fratisa cooperó en los gastos de su sepelio, mientras pedía a Dios que le otorgue en el "más allá" esa paz y esa dicha que los hados le negaron durante su vida presente.

Dos nuevas viviendas, entregadas

En el pasado Boletín ya se informó de que la vivienda (8ª) asignada a la familia Can Xol no pudo entregarse a tiempo a causa de la climatología. Los padres de la pequeña Jeimy (5 años), con limitaciones físicas y psíquicas, ardían en ansias de estrenar casa, para cobijar a su hijita, cuyos quebrantos de salud eran harto preocupantes. Pues bien, aunque tuvo que postergarse su estreno, en estos momentos la familia ya está instalada en ella, mostrando una gratitud que no resulta fácil expresar con palabras. Tanto Everildo (24 años) como Saida (22 años) aún no se acaban de creer que estén viviendo en lo que ambos consideran un palacete. Pedimos a Dios que puedan disfrutarlo por muchos años.

Este mes se ha podido también entregar a sus dueños la novena vivienda, aunque con retraso a causa de las borrascas y los aguaceros. La familia agraciada está compuesta por los cuatro miembros siguientes:

- Ernesto Ico (49 años)
- Margarita Cacao (44 años)
- Vicente Ico (24 años)
- Juliana Ico (14 años)



La familia Ico Cacao (con "Vico"), al recibir su nueva vivienda

No quedando esta casita englobada en el bloque de las ocho primeras, se notificó al padre de familia (Ernesto) que -en principio- para levantarla no podría contar con la cooperación de los anteriores beneficiarios. Asimismo, se le exigió que renunciara al alcohol, por el que siente muy singular afecto. Aclarados ambos puntos, se procedió a la construcción. Tuvo Ernesto la fortuna de encontrar en su propio solar parte de los materiales requeridos (arena, cal...). Tan fortuito y oportuno hallazgo fue entendido por él como un don de Dios. Sin pérdida de tiempo, buscó y logró la ayuda de algunos vecinos. Y, entre todos, iniciaron la obra, siguiendo las pautas del maestro albañil (Rigoberto). Este, aunque aceptó de buen grado el encargo, no pudo rematarlo, ya que antes cayó enfermo. Hubo que recurrir, por tanto, a otro constructor (Rubén), con cuyo apoyo se ha conseguido que el 29 de octubre la familia Ico Cacao haya estrenado hogar.

El momento de la entrega de llaves siempre resulta emotivo. Pero en esta ocasión fue incluso enternecedor. De hecho, Margarita, al agradecer el regalo de Fratisa, apenas podía hablar, pues el llanto le sesgaba las palabras. Consideraba casi milagroso que su familia pudiera vivir bajo un techo firme y seguro. No se olvide que su hijo mayor (Vicente), a quien todos conocen como “Vico”, dista mucho de ser normal. Por más que al nacer pareciera serlo, poco tardaron sus padres en constatar que no era tal. Vive inmerso en su propio nirvana. Jamás ha podido vestir prenda alguna. Casi siempre permanece del todo desnudo junto a la fogata. Aunque en su antiguo chamizo abundaran las goteras, nunca consentía que le cubrieran con un plástico para protegerlo del agua. “Vico” es así: inofensivo, dócil y cariñoso, pero con tan serias lesiones cerebrales que se mece entre el reino animal y el vegetal.

Aun así, al recibir la nueva vivienda, “Vico” consintió que lo vistieran de gala antes de posar para la foto de familia. Para culminar el “proyecto Pansup” ... ¡ya solo nos queda otra casa!



“Vico” a veces también sale a tomar el sol

Ayuda humanitaria – Octubre, 2022

Raúl Leal

Todos los meses, al distribuir las cestas de alimentos entre las familias más necesitadas, siento especial ternura por cuantos chiquillos, sacudiéndose ya de madrugada su comprensible pereza, suelen acompañar a sus mamás. Para ellos es una jornada muy especial, pues les brinda la oportunidad de jugar en las instalaciones de Asumta, llenándolas con su bullicio y algazara. Dado que suelo hacer los repartos en sábado, al estar ese día cerradas las escuelas, acostumbra a ser bastante abultado el contingente de niños y de niñas que se dan cita en el patio.

Este mes, por celebrarse en nuestro país el “día del niño” con singular relevancia (sobre todo en los centros educativos), quise que no les faltara a nuestros peques una muestra de cariño por parte de Fratisa. Con tal fin, había adquirido de antemano una cantidad considerable de refrescos,



Jugando, en las instalaciones de Asumta



¿Para mí también hay dulces?

galletas y caramelos, notificando a las familias que esta vez cada niño iba a recibir un regalito de nuestra parte. No creo necesario añadir que, llegado el momento, la comitiva de gente menuda resultó casi inacabable. Al contar con el apoyo de Ana María y de mi fiel amigo y colaborador, Giovanni, les encomendé a ambos que agilizaran las diligencias para distribuir las despensas, en tanto yo trataba de agasajar a mi improvisada y bulliciosa grey de rorros y churumbeles.

Tras dirigirles una breve alocución, les compartí que cada uno recibiría como obsequio un refresco, una galleta grande y la cantidad de caramelos que yo pudiera agarrar metiendo mi mano en la bolsa. Era para ellos una escena memorable, pues no están acostumbrados a que nadie les regale nada. Sus rostros transpiraban ilusión y avidez. Ambas quedaron obviamente colmadas tras el reparto. Claro que los bebés -eran muchos- se quedaron de momento sin recibir su prebenda, por no poderse ajustar al protocolo. Para obsequiarles también a ellos, una vez complacida mi bullanguera clientela, me acerqué a la madre de cada lactante, ofreciéndole idéntico presente. Aún no se me ha borrado la expresiva sonrisa de sus retoños, en la que descubría la más lograda expresión de complacencia.

Finalizado el agasajo a los futuros soportes de la sociedad, procedimos a repartir las despensas. En esta ocasión me había servido de otro proveedor de víveres, pues la experiencia me ha enseñado que la competitividad suele reportar ventajas. De hecho, las setenta bolsas de alimentos estaban ya acomodadas con bastante antelación en los locales de Asumta. Asumiendo Ana María el cargo de secretaria en funciones, se procedió al reparto, no sin antes haber anotado los

datos de cada beneficiario, al que le exigimos una fotocopia de su carné de identidad para evitar fraudulencias. Asimismo, estampando su firma (o su huella dactilar), acreditan ser quienes dicen. Este mes habían sido convocadas familias de los siguientes caseríos o aldeas:

- Pancoj
- San Francisco
- Onquilhá
- Chipoclaj
- Yuxilhá
- Pansup
- Jolomché

Uno de los momentos más entrañables y emotivos fue sin duda el de la oración comunitaria. Si bien no todos practican la religión católica, en él nos unimos tirios y troyanos, elevando a Dios una plegaria que en cada ocasión dirige el líder o la lideresa de una comunidad distinta. La oración va seguida por mi sucinto discurso de bienvenida, en el que siempre les recalco la misma idea: pedir a Dios que colme de bendiciones a los benefactores de Fratasa, ya que a ellos se debe este generoso reparto mensual de alimentos. No sé si logran entender todo lo que les digo. Pero estoy seguro de que captan a la perfección lo que les deseo transmitir. Y esa misma gratitud quisiera yo hacerla también extensiva a Asumta, pues Vínicio Gamarro siempre nos presta sus instalaciones con tanta generosidad como desinterés. Su objetivo es idéntico al nuestro: brindar ayuda a todas esas personas que han nacido y han crecido suscritas al desamparo.



Ana María, repartiendo las despensas

Si bien todos los meses resulta muy grato el encuentro, no creo equivocarme diciendo que en esta ocasión revistió una relevancia muy peculiar, gracias a la casi insultante cantidad de patojos, cuyo regocijo me resulta imposible plasmar por escrito. Son momentos inenarrables en los que, rompiendo los condicionantes sociales o religiosos, todos vibramos al compás de idéntica inquietud. Y eso a pesar de que, previendo muy cercana la tormenta, la mayoría de las comadres se aprestaron a regresar cuanto antes, temerosas de quedar atrapadas en el desbocado ímpetu de la borrasca. Mas ello no deslució en absoluto el evento, dado que las vivencias se miden, no por su duración, sino por su intensidad.

Pastoral de enfermos – Octubre, 2022

Raúl Leal

Aunque en principio se pudiera pensar que, a fuerza de moverme entre personas enfermas y problemáticas debería haberme acostumbrado a tales situaciones, en realidad no es así. Cada caso es distinto. Y, tras todo problema, se oculta un drama y a veces hasta una tragedia. Me da mucha pena -sirva de referencia- ver cómo algunos bebés, a quienes apoyamos con leche pediátrica, se acaban muriendo, simplemente porque sus progenitores, ante una inesperada infección, se cruzan de brazos a la espera de que se alivien por su propia inercia. Si bien llevo ya años ahuyentando prejuicios entre nuestros aldeanos, muchos rehúsan aún recurrir a los centros médicos por temor a que allí sus enfermos se mueran. Prefieren su deceso por incuria antes que ponerlos en manos de un doctor, cuyos análisis de laboratorio con frecuencia podrían salvarles la vida. Bastantes aldeanos son empeñadamente tercos. Aun así, sigo luchando para que entren en razón y me permitan ayudarlos. No siempre resulta fácil.

Ello no obsta, sin embargo, a que durante el mes de octubre –a pesar de una climatología muy adversa- se haya logrado mantener el ritmo de



A veces una simple ayuda salva una vida



Doña Gregoria, con su bolsa de víveres

nuestras ayudas a quienes sufren serios quebrantos de salud. Incluso las terapias en Fundabiem casi han mantenido su ritmo. Y las cirugías se han logrado realizar, a pesar de que a veces parecía imposible trasladar a los pacientes hasta un nosocomio, porque los caminos estaban intransitables. Con la ayuda de Dios, todo se ha seguido haciendo. No sin esfuerzo, pero con inquebrantable ilusión.

A fin de no reiterar cada mes la misma rutina, me centraré en algunos hechos concretos que, si bien pueden parecer anecdóticos, contienen una profunda carga humana y ayudan a comprender que cada persona encierra en su interior un intrincado mundo de vivencias que, al compartirlas, acostumbran a enternecer.

La inesperada “propina” de doña Gregoria

Era un día turbio, en el que no podía llevar a mis pacientes para que recibieran sus terapias, dado que el centro de rehabilitación permanecía cerrado ante la inminencia de la tormenta “Julia”. Fue entonces

cuando vino a mi cabeza el recuerdo de doña Gregoria Ichich Ja, una de nuestras clientas más asiduas a la hora de recoger su despensa mensual. Casi siempre era de las primeras en llegar. Sin embargo, hacía varios meses que no se presentaba. Y eso me tenía preocupado. Así pues, sin pensármelo dos veces, decidí subir a su caserío para interesarme por su salud. Mi instinto me decía que la buena señora estaba en problemas. Solo así me resultaba explicable su ausencia.

Tras zigzaguear durante más de una hora por senderos resbaladizos, llegué por fin al caserío de Inxcanul, donde la encontré bastante desmejorada. No por ello fue menor su alegría al saberse agasajada por mi visita. Aun siendo costumbre entre los indígenas obsequiar al huésped con una bebida parecida al café, ella nada tenía en su hogar. Por eso, tras el saludo protocolario, lanzó casi un grito a la casa vecina, donde vivían algunos familiares, ordenándoles con voz recia que me hicieran los honores. De inmediato, me percaté que sus deudos no eran católicos. Y sin más comprendí el motivo por el que, no pudiendo bajar Gregoria a Tamahú para recoger su despensa, jamás lo hicieron ellos en su nombre. No es infrecuente que los prejuicios religiosos levanten, entre las propias familias, barreras infranqueables. Esto, no por triste, deja de ser real. Lo cierto es que, al menos en esa ocasión, todos acataron las órdenes de la “doña” y en un par de minutos me ofrecieron un brebaje dulzón y negruzco que ellos decían ser café. Me lo tomé, acompañándolo con inequívocos gestos de gratitud.



“Yo siempre ayudaré a mi abuelita”

Al quedarme de nuevo a solas con ella, comenzó a narrarme sus desventuras. A sus muchos años, se le añadían últimamente unos calambres en las piernas que apenas le permitían moverse. Tal era el motivo por el que -desde hacía varios meses- no se había personado en los locales de Asumta para recoger su bolsa de víveres. Fue entonces cuando, echando mano a mi mochila, saqué la despensa que había traído para ella. Embargada de júbilo y de emoción, comenzó a lanzarme bendiciones: “*Que Dios cuide siempre tu camino*”. Tal era la frase que no cesaba de repetir, cual si fuera su mantra preferido. Mientras departíamos de manera muy amigable, en un descuido se acercó a un rincón de su choza y, al regresar, puso en mi mano un billetito (= 1 euro) mientras me decía: “*Te servirá para el camino*”; “*gracias por visitarme*”. Era su forma de expresar su gratitud. Tras esbozar una sonrisa, hice ademán de no aceptar su billete. Pero de inmediato recordé que, en casos así, el rechazo puede sonar a desprecio. Así pues, con todo gusto acepté la “propina” de doña Gregoria y, tras otro rato de enjundiosa tertulia, donde me contó nuevos penares, le propiné un beso en su alba cabellera y me despedí de esa entrañable mujer, cuya pobreza tan bien se aviene con la hidalguía.



El resignado porte de doña Felisa Quej

Aproveché el viaje para visitar a otros dos ancianitos en una aldea vecina: Marciano Quej y Paulina Caal. ¡Cuánta pena me causaron! Ambos esposos, tras pasar toda su vida juntos, por absurdas razones de herencia, se vieron obligados a separarse. Fueron los propios familiares quienes los forzaron a tomar tan peregrina decisión. Tras referirme su triste historia, comprendí muy bien que ambos estuvieran alicaídos y mohínos. ¡Cuán obtusa es la ruindad! Los dos abuelitos estaban casi consumidos. Tanto que sus propios familiares, aun siendo evangélicos, me suplicaban que ayudase a Marciano, cuyas dolencias no cesaban de ir en aumento. Más de una vez lo había visto recorrer a pie las cercanías de algún hospital, sin duda

en busca de ayuda médica. Lo conocía además porque, en su condición de católico, forma parte del consejo de ancianos en la parroquia de Tamahú. Me comprometí a apoyarle en la medida de mis posibilidades. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Recorriendo caseríos y aldehuelas

Era un día que presagiaba lluvia, algo por otra parte normal en esta época. Me desperté al rayar el alba y, tras consultar mi agenda, vi que no tenía compromiso hasta la una de la tarde. Solo entonces debía trasladar al niño Wilson Beb Ichich a una clínica de San Cristóbal, para que durante esa misma tarde se le practicara una cirugía de ojos. Así pues, disponía de varias horas libres. Tras auto recetarme mi tamal matutino, acompañado con una taza de buen café, me encaminé hacia al transporte público con ánimo de ascender hasta varios caseríos y visitar en ellos a personas amigas, cuyas pistas había perdido. Entre otras, la de Leonardo Quej.

Con buen humor y disfrutando de un fascinante amanecer, inicié mi ascenso, no sin antes preguntar a un aldeano por el tiempo que me llevaría llegar hasta la casa de Leo. Al responderme que una hora, supuse que serían dos. Y, aun así, me quedé corto. Sin que me rondara el desánimo, seguí haciendo camino con mi mochila repleta de víveres. Tardé bastante más de dos horas. Pero al fin avisté, allá en lontananza y casi entre nubes, la silueta de lo que muy bien podría ser una choza. Y lo era. En ella vivía el bueno de Leonardo, en compañía de su esposa. Ambos, al verme, no pudieron contener su emoción.



La idílica, a la par que modesta, casita de Leonardo

Anteriormente su hogar estaba en otra zona más asequible, pero -por razones que nunca llegué a entender- tuvieron que abandonarlo e instalarse en un cochambroso habitáculo, rodeado de mucha vegetación y bastante soledad. Me gratificó reencontrarme con mi amigo. Y este, tras exponerme con detalle su odisea, me compartió que ambos

consortes llevaban varios días sin apenas llevarse un bocado a la boca. Raudo abrí mi macuto, ofreciéndoles cuantos alimentos había metido de antemano en él. Presentía que me iban a resultar providenciales. De hecho, me encantó regalárselos. Y no solo por el hecho de mitigar su desnutrición, sino también por aligerar mi mochila, ya que cada vez me estaba resultando más engorrosa. Por otra parte, no ignoraba que desde allí debía trasladarme aún a otra aldea con ánimo de visitar a una ancianita (Felisa Quej Juc), de la comunidad de Onquilhá, cuya salud era -según se decía- bastante precaria. Así pude constatarlo al llegar, viendo a su vez que mi visita le aportaba un gran consuelo. La abuelita estaba tomando el sol, mientras se retorció a causa de una úlcera gástrica. La mediqué y le infundí ánimos. Creo que, además de recibir ayuda económica, les resulta alentador todo gesto de cariño, máxime tratándose de personas que llevan años lastradas por su soledad.

Mientras seguía recorriendo los caminos escuché a lo lejos un rumor bastante tenue. Eran las voces de quienes, en la ermita católica de Comonhoj, se habían reunido para un velorio, en el que se lamentaba la reciente muerte de un bebé. Al acercarme, me topé con el incontenible llanto de Herlinda Caal que expresaba con él su desconsuelo por haber perdido a su hijito, de apenas siete meses de edad. Se trataba, en efecto, de Neyser Giovanni Caal Caal, a quien Fratisa llevaba meses



La coqueta ermita de Comonhoj

apoyando con botes de leche pediátrica. Al inquirir por la causa de su deceso, se me notificó que unos días antes había sufrido una bronquitis muy aguda. Como suele ocurrir en casos así, sus padres dejaron que la naturaleza siguiera su curso. Solo al ver que su mal iba en progreso, decidieron llevarlo al centro de salud, donde fue remitido de inmediato al hospital de Cobán, que solo pudo certificar su muerte.

Con suavidad y dulzura, recriminé a su madre por no haberme avisado a tiempo, pues yo dispongo de medicamentos para casos así. Resulta indignante constatar cómo se deja morir a un chiquillo que, con una mínima atención, podría haber superado su dolencia. Los prejuicios endógenos respecto a los centros de salud ayudan a que, con frecuencia, lo que comienza como nimiedad, se acabe tornando tragedia. Fue una jornada tan dura como reconfortante. Y es que solaza el alma ver cómo las personas marginadas son las que mejor valoran el respaldo moral de quien se interesa por ellas.

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA – OCTUBRE, 2022

<i>DESCRIPCION</i>	<i>CANTIDAD</i>
Medicina entregada a pacientes de neurología	18
Medicina entregada a pacientes diabéticos	01
Pacientes trasladados a oftalmología	02
Medicinas entregadas a pacientes de oftalmología	01
Pacientes a quienes se les realizó cirugía de ojos	01
Pacientes a quienes se les realizó cirugía de labio leporino	01
Pacientes trasladados a Fundabiem	12
Asistencias durante el mes en Fundabiem	13
Pacientes trasladados a diferentes hospitales	07
Otros traslados (clínica privada)	01
Leche pediátrica entregada (botes)	14
Pacientes que recibieron medicinas con receta	12
Extracción de piezas dentales	10
Medicinas entregadas por extracción de piezas dentales	04
Pacientes a quienes se les realizaron ultrasonidos	02
Visitas a familias y enfermos	15
Traslado de cadáveres	01
Ayuda en velorios (panes y otros) y nichos	02

Tañendo la campana

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

Lo hemos de confesar: desde hace tiempo teníamos pendiente ir a Andalucía, pero, aunque lo intentábamos, siempre se nos escapaba. Ahora, en este otoño, hemos decidido visitar aquellos pagos para disfrutar de la idiosincrasia de sus paisanos, ni mejor ni peor que la de otros rincones de España, sino simplemente distinta. Entre sus matices se evidencia su modo de manifestarse ante la religión. Si en Castilla se aprecia una seriedad profunda, en Andalucía se nota enseguida la espontaneidad y la alegría. Desde el gozo de cantar a la Virgen por cualquier circunstancia, a enrocarse en una profunda tristeza mientras se desgrana una saeta al Cristo camino a la Cruz.

No hay duda de que se han dado momentos para lo uno y lo otro durante el mes que ha finalizado en el rincón de América donde ejercemos de misioneros. Por ello hemos de cantar con alegría por la capacidad de nuestros colaboradores para encontrar soluciones con el fin de llevar a consulta a los enfermos cuando la carretera se ha cortado, y hemos de desgranar una saeta al ver cómo se van los seres a los que hemos dedicado todo nuestro amor y nuestra dedicación. Porque la oración con música siempre se adentra más profundamente en nuestras almas. Y tanto monta cuando esa plegaria es dedicada con profundo cariño a la Virgen si pedimos por el joven Juanito, como monta tanto si requerimos al Señor la paz para «el chapo» que ha gastado su vida en compañía del alcohol, pues no ha tenido o encontrado mejor forma de recorrer su propio camino.



Y, para juntar en un abrazo el gozo y el dolor, hemos caminado hasta la ciudad de Córdoba para ponernos, en una noche tibia, ante el Cristo de los Faroles. En la soledad, en la paz increíble, de rodillas sobre la dura piedra, hemos rezado profundamente dando las gracias al Cristo que lo dio todo por nosotros, por permitirnos dedicar una parte de lo nuestro a los amigos guatemaltecos que viven en aquellas serranías, a 2.350 m. de altura, donde las condiciones han de ser necesariamente muy duras, de forma que quienes las sufren, mortificados por las dolorosas taras físicas o relajados en el alcohol, han de ganar el cielo.

Mientras elevábamos nuestras oraciones al Cristo de los Faroles, llegaba, desde la iglesia de los Dolores del convento de Capuchinos, el tañido de una campanilla que nos hablaba del rezo de las horas.

Si desea leer otras Hojas Informativas de Fratisa, puede consultar nuestra web:

www.escuelabiblicamadrid.com / Fratisa / Publicaciones



Cuando Fratisa encaminó hacia Tamahú su obra de apoyo a los indígenas más desfavorecidos, centró todo su interés en la pastoral de enfermos y discapacitados. A partir de entonces, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante Raúl Leal quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo y, si fuera posible, potenciarlo.

Toda ayuda es muy de agradecer.

¡Muchos pocos hacen un mucho!

FRATISA

Si quiere hacer un donativo periódico, le sugerimos que nos mande esta misma hojita, rellena con sus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra su cuenta corriente con la periodicidad e importe que usted nos indique.

Nombre _____ Teléfono fijo _____
Móvil _____ Correo-e _____
Dirección _____ n° _____ Piso _____
Localidad _____ CP _____ Provincia _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € al mes)

Nº de cuenta Iban: ES _____

Cuota: Mensual – Trimestral - Semestral - Anual.

Titular de la cuenta _____

También puede hacer su donativo ingresándolo en la cuenta abierta a nombre de “Fundación Isabel de Lamo Patts – Fratisa”, en el Banco Santander.

Iban ES90.0049.1182.3226.1040.0538